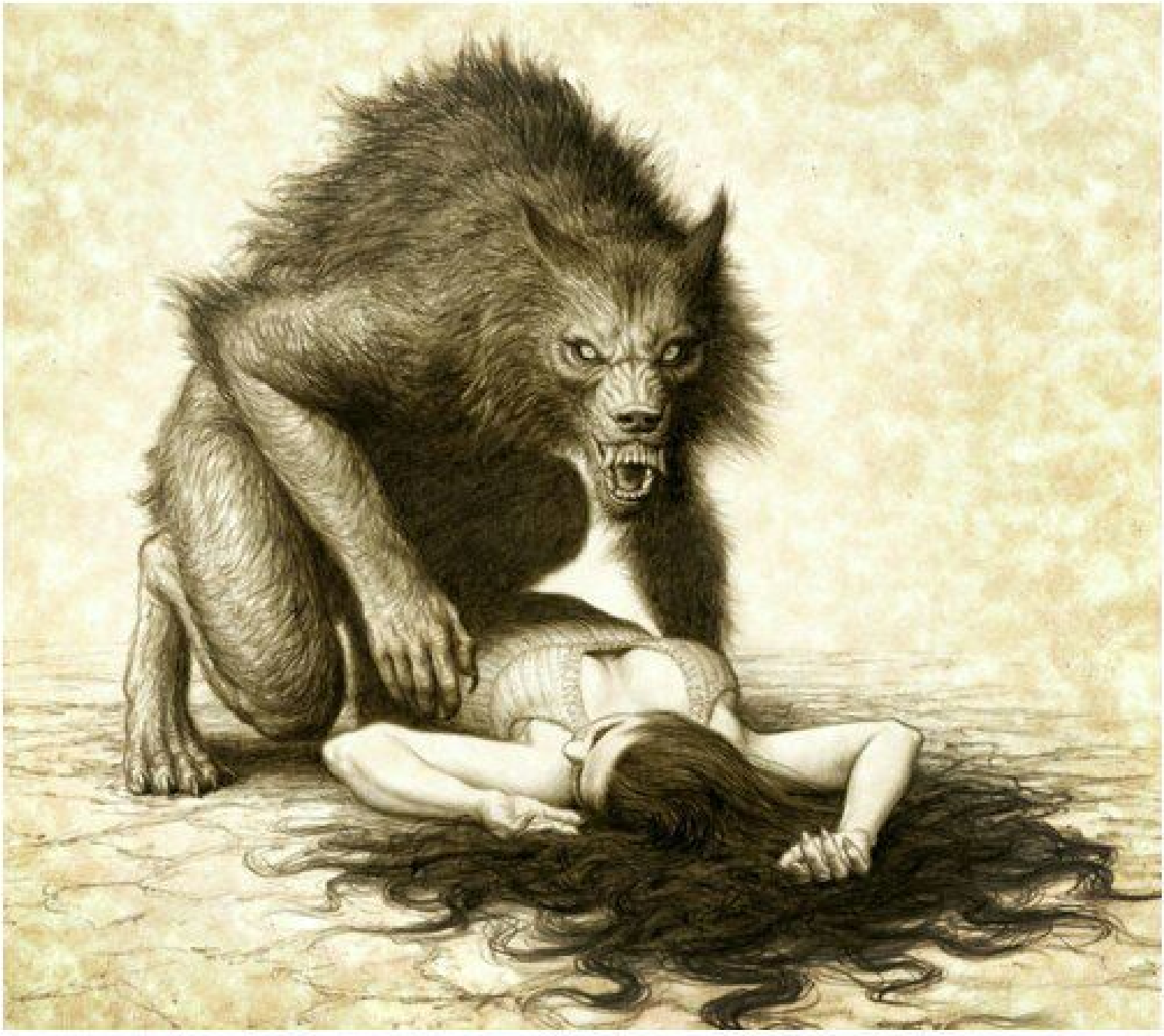
El no muerto

Sandra M M



Capítulo 1

Mi ramera, inconsciente de serlo, yace sobre el hedor de la piedra inerte para satisfacer la sed de mi ego.

La superioridad absoluta que ejerzo en su vida insignificante, hace que se halle perdida en un laberinto de sensaciones contradictorias.

La excitación confusa que siente con cada beso afilado, logra la mía propia, acentuándola con el hilo de sangre controlado que avanza riguroso por la silueta joven para saciar la lujuria del trance animal que reafirma mi presencia.

Los ojos cándidos reflejan el ardor del placer terrorífico que deja atrás la inocencia virginal que hasta este instante se adueñaba de la piel tersa de mi esclava.

Sin remedio, se desvanece el desconcierto en su mente, dando paso a la entrega total cuando el poder firme de mi verga penetra una y otra vez en la joya empapada, carnosa y prieta, que permanecía masturbada en sus sueños impacientando el despertar reservado a un momento de consciencia plena, precedido por la bendición de su Dios, ya en el destierro de sus pensamientos postreros.

Ahora, sus muslos no oponen resistencia, ejercen presión contra mi ser orgulloso, comienza a mover las caderas con un ritmo impetuoso que aumenta con mis embestidas salvajes. Sus manos delicadas se funden en mi pelaje grueso agarrándolo con fuerza para ayudarse en el baile que la llevará extenuada hasta la embriaguez dulce del placer último.

Muerdo con furia sus senos, provocando un río de sangre que se desliza por el torso estremecido para quedar embalsado en el valle húmedo en el que me sumerjo enloquecido por el aroma de la sangre que me da la vida.

Mientras me deleito en la carne trémula, percibo la fragancia putrefacta de mis siervos ávidos de sangre y habiéndome saciado del flujo de vida del cuerpo ultrajado, permito a los carroñeros el aseste final.